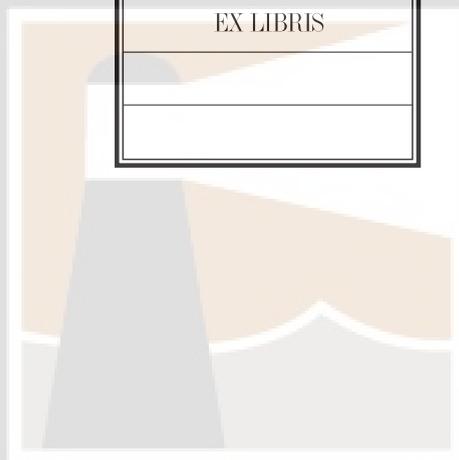




EX LIBRIS



MAREA
EDITORIAL



LA MAMACOCA



MAREA
EDITORIAL



Libertad Demitrópulos

LA MAMACOCA

Prólogo de Florencia Abbate

MAREA
EDITORIAL





Demitrópulos, Libertad

La mamacoca / Libertad Demitrópulos ; Prólogo de Florencia Abbate.

1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Marea, 2025.

200 p. ; 23 x 15 cm. - (Narrativa / Constanza Brunet)

ISBN 978-987-823-083-2

1. Literatura Argentina. 2. Literatura Contemporánea. I. Abbate, Florencia, prolog.
II. Título.

Dirección editorial: Constanza Brunet

Coordinación editorial: Víctor Sabanes

Asistencia editorial: Carmela Pavesi

Comunicación: Verónica Abdala

Diseño de tapa e interiores: Hugo Pérez

Corrección: Natalia Ginzburg

Imagen de tapa: óleo sobre tela de Olga Demitrópulos

© 2025 Herederos de Libertad Demitrópulos

© 2025 Editorial Marea SRL

Pasaje Rivarola 115 – Ciudad de Buenos Aires – Argentina

Tel.: (5411) 4371-1511

marea@editorialmarea.com.ar | www.editorialmarea.com.ar

ISBN 978-987-823-083-2

Impreso en Argentina – *Printed in Argentina*

Depositado de acuerdo con la Ley 11.723. Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento sin permiso escrito de la editorial.

ELLOS

MAREA
EDITORIAL



Si fuera necesario, acondicionar la luz sobre los rostros que devendrán fatigados pero que no cambiarán de expresión.

Tres hombres sentados a una mesa y dos en otra. Al fondo, el hotelero prepara las bebidas: *whisky* con jugo de mangos y café. Afuera caerá la noche y en el salón el ruido del ventilador del techo, como una sierra, obturará el aire.

Los hombres se envuelven en la conversación y si nadie escucha lo que dicen o traman será porque se trata de algo secreto o pecaminoso o prohibido, menos para ellos o para el hotelero de aire distraído. Menos para ellos que bajo la lámpara se observan. Justo Pastor y Justo Crescencio –padre e hijo–, alertas frente al hombre que habla de prostíbulos. Quién podría negar que se trata de un extraño aunque diga llamarse Saúl Sombrío, S. S. Todavía no es el magnate del tabaco virginia, ni el poderoso señor del imperio periodístico, de radios y de canales de televisión. Todavía tendrá que esperar para entrar en el mito. Ahora se conformará con abrir un prostíbulo aquí, junto a la frontera, y prestar ese servicio a dos países. ¿Dos países? Se está informando mal: a tres. Distintas monedas y la internacional. Cobraré en dólares –dice Saúl Sombrío–,

yo los respeto a ustedes y ustedes me respetarán a mí ¿de acuerdo? No he venido a invadir jurisdicciones sino a pedir respeto. Aquí S. S. mirará hacia la noche en tanto bebe. Los dos Justos asienten: si nos respeta, lo respetaremos. Y bien, señores, brindemos. Brindemos por el porvenir y por el placer, porque los gobiernos se sensibilicen con hombres como nosotros, portadores de cultura, por... Aquí S. S. hará una pausa, pausa para comprender que sus contertulios no gustan de chanzas. Entonces pasará a preguntar si no conocen alguna casa grande para comprar o, acaso, ¿será mejor edificarla? En ese preciso momento padre e hijo tendrán el mismo pensamiento que pasará como una ráfaga. La niña Justina.

—Procure que esté lejos del pueblo —dirán—, hay señoras y niñas decentes.

La casa, de dos cuerpos, dividida según la categoría de los clientes. Salones y cuartos responderán a esa división. Salón blanco, cuartos confortables, primer patio: para los ricos. Violeta, mugrosos cuartos, segundo patio: para la chamusquina. Esta última accederá por el portón de atrás y deberá pasar enfrente a los excusados antes de regatear con la mujer morocha que, semidesnuda, estará guardando la puerta. S. S. mandará a construir esta casa como anticipo de las muchas que irá sembrando en toda la extensión de la frontera. Si la piel oscura se ofrecerá en el salón violeta, en el blanco, lechosa piel y pelo platinado. Indias en el segundo patio; alemanas, alguna francesa y argentinas en el primero.

Las coperas harán de carnada en el salón blanco con ajustados vestidos y escotes profundos. Serán tan dulces

como palomas torcaces. No ha de olvidarse que la frontera es bárbara y caliente de clima y que, en oposición, las muchachas del primer patio deberán exhibir ese signo de la piel suave, soñada por hombres de cierta condición. El amor con ellas no es violento sino muy caro. Implica el anticipo de una joya, un perfume importado, un cheque. Estas niñas tendrán origen desconocido y aspirarán a dejar el prostíbulo casadas con algún comerciante barrigón o un traficante de fuste. Las negras del segundo patio, en cambio, putearán, armarán camorra, incentivarán celos y puñaladas y montarán ellas a los clientes. División del trabajo impuesta por S. S. quien, alguna vez y en ambos sectores, contraerá la blenorragia.

Allí hará su aparición, ya viudo, Justo Pastor. Entre tantas encontrará una mujer bonita y de su calce, ni rubia ni negra sino bejarana. Trigueña de ojos verdes y pelo renegrado, la Badaja –que así la llamaban– a la puerta de su cuarto y por las tardes hasta la llegada del viejo, suspiraba. Cuando supo de su oficio, detrás del viejo la Badaja clausuraba su puerta dejando a los otros clientes apostados en fila. Se dedicaba solo a él. Favor de no equivocarse. Por ser pobre e indefinida, al principio S. S. la relegará al segundo patio. La afición del viejo lo hará reflexionar sobre su talle fino y su tonito de porteña abrumada, más por sus aspiraciones que por las apariencias. Entonces decidirá pasarla al primer patio convencido de que en el salón blanco la Badaja llegará a ser como una gringa y bailará el tango y el rock and roll. Y no dudó que allí esta mujer alcanzaría esa pátina rancia pero prestigiosa que se llama cotización. Se la encontró callejeando en plaza Once escapando del padrastro que la asediaba. Y aquí había dado con Justo Pastor quien –y más cuando tenía que

cruzar la frontera en esas entradas al reino de la muerte—, encaprichado con ella, comenzará a desearla solo para él.

Y un día el viejo pedirá su mano. Y S. S. pondrá precio para dejarla ir. Dirá: veamos, tanto que pierdo de ganancia por año, a tantos años que le doy a la mujer de rendimiento efectivo, en total son 25 000 dólares que el abuelo pagará. La llevará a su casa, casi vecina de la iglesia, y ella se instalará como señora, porque para eso ha venido aquí. El pueblo arderá por el escándalo y Cloris, la nuera del viejo, le negará el saludo, lo mismo que su hijo Justo Crescencio.

Solo la niña Justina —que, desde chica, mirando al abuelo salir a gambetear a la Gendarmería o a las patrullas, atisbaba los resquicios del infierno—, solo ella celebrará esta última aventura del viejo.

Un día le dije (¿o le diré?) que somos anhelantes. Su ojo, de largo alcance, registra la visa de cada uno. Usted ya ha trascendido la frontera y está en todas partes, dicen que canizo pero siempre recio.

Este debió ser un pueblo incrustado entre selvas de quebrachos y maraña de vinales para ocultar bandoleros y hacerlos invisibles a la Policía, como Isidro Velázquez, el Vengador, y Vicente Gauna. Isidro Velázquez durante siete años vivió internado en el monte protegido por los campesinos; tenía su payé y con su sola mirada paralizaba a sus perseguidores. De la selva sacaba su poder y una vez el agente Mieres vació su pistola y no pudo alcanzarlo, en cambio el Vengador de un solo disparo le atravesó el corazón. Pero en definitiva fue un pueblo cautivo levantado en medio de una franja virgen. Ahí, en medio, creció. Nuestros abuelos, cuatreros y contrabandistas, de pena en pena fueron haciéndolo libre, entre represalias y

pleitos; hecho esto esperaron la noche apaciguados, piropeando mujeres. Inclínándose hacia la tierra que habían defendido entraron en la oscuridad como en un refugio. Así pasaron esas vidas dudosas. Antes que en la lengua propia conversaron en la extranjera: la frontera fue siempre más real que la Capital de la República. Cuando sopla el viento, la basura del país vecino se deposita entre nosotros.

Nos queda, entonces, escuchar a los pájaros. Al atardecer, en la rama del urundel o del palto, el chalchalero canta. Explora nuevas tonadas, busca el centro de su corazón y canta. Lo escuchamos olvidando los pecados de aquellos abuelos, de nuestros padres y de nosotros mismos. Canta el chalchalero un cantar hondo como la culpa que no se compadece con la mirada suya, acuosa, color que da a sus ojos, sus verdaderos ojos, esa frialdad que tanto hiere. Y aunque sobre la tierra caiga alguna lluvia ligera torrencial, alguna plaga o sequía, siempre sus ojos estarán fijos, mirándonos desde el teleobjetivo.

Los forasteros no pueden leer estas cosas. La frontera es trasgresión y para eso han venido. Porteña como era la Badaja, amancebada al abuelo echará humos de señora. Perfumes, elegancias, mimos. A Justo Pastor le trastornaba su cuerpo y que ella venga a decirle: ¿qué hay para la nena? Él volcará su bolsa y ella venga para acá. Y deberá marchar frontera adentro dejándola sola para pasar los días. A ella la molicie, la hamaca bajo la sombra; disfrutes. ¿Despertaba? Ya la sirvienta con el salto de cama y la cocinera con el desayuno. Jugo de chirimoya, pomelo y café. Vendrá el baño de espumas y el elegir primores de una ropa costosa, pintar su boca violácea y los pómulos arenosos. Irá llenando su cofre de collares, anillos, sedas;

pieles no, que aquí siempre hace calor. Las pieles para después, cuando vaya al encuentro del galán ahora desconocido pero amante seductor. Se irá lejos, como todos los forasteros, tal vez a alguna ciudad cosmopolita, lo más lejos posible de estos indios y mestizos y del rústico abuelo.

Por las tardes —cuando nosotros escuchamos a los pájaros y a lejanos tambores que trae el viento—, por las tardes la ganará el tedio y entonces al cine, ahí encontrará el mundo soñado.

En lo posible seguirla a contraluz caminando por la acera, vestida de seda roja, hasta conseguir la impresión de aleteo que es su caminar. Habrá de descubrirsele un aura como de madona, no sobre sus cabellos, sobre la envoltura carnal. Pero al entrar en el cine volverá a ser la Badaja del segundo patio del prostíbulo. Se sentará en la última fila y en la oscuridad entrará usted. Antes de que termine la película usted habrá diseñado otra vida a su voluntad. Habrá de proponerle quitársela al viejo, por eso ha de escucharse siseo de avenencia, chasquido de besos. Clark Gable, en un caza bombardero, se quita los anteojos oscuros y mira la planicie, pero en realidad la está mirando a ella, indecisa ante dos apetencias. Justo Pastor viene a ser un viejo aventurero, con dientes de oro, apegado a una tierra sin salvación.

Justo Pastor cruzará una vez más la frontera en lo que iba a ser su último viaje. Ducho en recorrer el largo camino de la mamacoca, conoedor de menudas aldeas de no más de tres calles sin nombre, de tenderetes de vendedores, hangares donde dormía a falta de hoteles o posadas, saludándose en el camino con personajes de bellos rostros tenebrosos, el corajudo abuelo irá entrando en los sitios secretos de las transacciones comerciales y penetrará

en la jungla, con su camión. El riesgo y la peligrosidad eran su salsa salpicada de sabores picantes.

A pocos metros de la cima de la colina el camión lanzará un ronquido de agonía. Atrás quedarán las sierras áridas y frías que debió atravesar para tomar la cuesta abajo y de pronto descubrir el valle. Las yungas aparecerán como mares ondulantes de un verde lúcido y sobrevendrán el calor húmedo y el aire pesado. Ha entrado en el reino de la mamacoca por el pitillo que le ofrece su vecino de mesa en un puesto de comida donde un muslo de pollo se paga al precio del polvo.

El pueblo donde recala no figura en ningún mapa, está en plena formación, por eso apenas hay calles paralelas a la carretera. Hombres y mujeres muévense desconfiados unos de otros, se habla poco, se regatea mucho. Una hileras de taxis se alinea en una de esas calles, en la otra está la parada de ómnibus. Pasada la última hay una barrera que cierra el pueblo que, sin embargo, no terminará allí. Justo Pastor sorteará la valla y entrará de pronto en plena jungla, donde el comercio se hace muy activo. Saludará a las mujeres de los campesinos que en fila y de pie junto a sus “cargas” comercian con las mujeres de los magnates como usted. Estas seleccionan entre sus dedos la calidad de las hojas y fijan el precio. Luego se informará de cuanto noticia le pasan los encargados que con armas arriba de algunos camiones custodian a los compradores y protegen a las damas. Vienen las preguntas: ¿cómo estuvo el tiempo? ¿Y las cosechas? ¿Cuál es el precio de plaza desde su última entrada? ¿Cuáles las novedades? ¿Qué se sabe de las patrullas?

De regreso al pueblo irá a comer pescado en una taberna a orillas del río donde las comadres lavan la ropa

ÍNDICE

Prólogo Estética y política en Libertad Demitrópulos, por Florencia Abbate	7
ELLOS	15
I	17
II	36
III	68
IV	91
ELLA	99
I	101
II	112
III	118

MAREA
EDITORIAL